



TRIBUNA

# Armando Uribe y el nuevo Chile

*Por Simón Vicuña*



Aunque era embajador en la República Popular China, Armando Uribe estaba en Europa al momento del golpe. “Coup d’etat au Chili”, escuchó en la gare de Lyon, esperando un tren de camino a Roma. Un mes después, en Pekín, intentó rendir homenaje póstumo a Salvador Allende con los miembros de las distintas embajadas y consulados. Pero los comunistas chinos, burócratas herederos de un pragmatismo milenario, boicotearon el evento y lo expulsaron del país.

Despojado de su nacionalidad, Uribe recurrió a una frase del Quijote para explicarles a sus hijos el futuro que les esperaba: “nosotros somos quien somos”. A lo largo de sus quince años de exilio, luego de un breve período en la Universidad de Sassari, Cerdeña, el poeta impartió clases de política exterior estadounidense en la Sorbonne y, respetando un juramento que se hizo el día 11, solo publicó libros y artículos que atacasen la ilegitimidad de la Junta.

Ordenado oblató benedictino en 1954 y conocido en los sesenta, según los comentarios maliciosos de Hernán Valdés, por parecer un caballero del Antiguo Régimen y denunciar “la sordidez financiera y erótica de los hombres de la República”, las disputas políticas de Uribe

fueron indisociables de su catolicismo. Como abogado experto en Derecho Minero, justificó –y trabajó– la nacionalización del cobre bajo los parámetros de la justicia distributiva y el Derecho Natural. Al oponerse al golpe y la dictadura recurrió, antes que a categorías políticas seculares, a su “condición moral de católico”. Y cuando el diario *La Segunda*, dirigido por Hermógenes Pérez de Arce, inventó que su esposa, la aún viviente Cecilia Echeverría, se habría suicidado por su culpa, Uribe, al recordar el acontecimiento, sentenció: “Así nos trataban los pinochetistas: con un odio activo, imbécil y difamador. ¿Eran cristianos? Tragaban hostias como muertos de hambre”.

La imagen de un Uribe iracundo, espectral, de traje negro y chapado a la antigua, se exacerbó con la llegada de los noventa. Su “destierro” –así llamaba él al exilio– terminó definitivamente con el triunfo del No en el plebiscito del 88. Cercano a Gabriel Valdés y con una carrera diplomática interrumpida tras el golpe, Uribe esperó recibir algún cargo en los gobiernos de la Concertación, pero al poco tiempo pudo evidenciar cómo, paulatinamente, le “cerraban las puertas”. Bajo la máxima –solo aplicable a los verdaderos autores– de que los fracasos en política anteceden triunfos en literatura, el poeta

desarrolló una notable producción ensayística y panfletaria en contra de tres hombres del Chile de la época: Augusto Pinochet, Agustín Edwards y Patricio Aylwin.

Para Uribe, el 11 de septiembre de 1973 no solo significó el exilio y la pérdida de la democracia, sino el fin de la tradición republicana del Estado chileno y, peor aún, el quiebre definitivo de la homogeneidad del inconsciente colectivo nacional. Aunque dijo haber respaldado casi todas las tesis del Ensayo histórico de Mario Góngora, el poeta encontró en las teorías del psiquiatra Carl Gustav Jung los fundamentos intelectuales para escribir *El fantasma pinochet*, conferencia/ensayo sobre la encarnación de un arquetipo del inconsciente colectivo chileno en el cuerpo vivo del general. Uribe dictó esta conferencia en el gran anfiteatro de la Sorbonne, ante más de ochocientos auditores, dos años después de la detención de Pinochet en Londres.

¿Pero a qué se refería Armando Uribe con la homogeneidad inconsciente de la nación? En su Carta abierta a Agustín Edwards, el poeta, además de acusar al dueño del diario *El Mercurio* de traidor de la patria, escribió contra el legado de los “Agustines” Edwards en Chile, quienes serían un clásico ejemplo de descendientes de migrantes anglosajones que, “más allá de atuendos de huasos o de marino y diplomático”, fueron leales a los intereses del Imperio Británico y, en la segunda mitad del siglo XX, de los Estados Unidos. Para Uribe, en el espíritu chileno no habría “ningún trazo del cristianismo reformado capitalista; ni ética del trabajo ni apetito del consumo que excede lo útil para la subsistencia y el ocasional derroche”, sino más bien una “pereza y soberbia, sentidas como virtudes. Fugaces en el esfuerzo, con tenacidad desesperada si este dura mucho. Capaces de acomodarse (sin adoptar sinceramente, y con rápida imitación) si las condiciones reales ineludibles van a contrapelo de una o muchas de aquellas características innatas; guardando, sin embargo, una viva nostalgia de vivir conforme a ellas, pero una falta de esperanza de que así ocurra. Espíritu religioso católico (no siempre cristiano) del Concilio de Trento”.

Con la llegada de la democracia no hubo, sin embargo, un intento de restauración de lo que era Chile antes de 1973. Quizá ese sea, a ojos de Uribe, el mayor pecado de Aylwin. En su Carta abierta a Patricio Aylwin, el poeta expone su desprecio por la actitud vital del presidente y los políticos “moderados”, quienes aseguran no ser un

peligro para nadie: “no se puede no ser un peligro para nadie porque el mal existe”. Tampoco toleraba la idea, tan característica del gobierno demócratacristiano, de una política “en la medida de lo posible”, al considerar la ética del mal menor una categoría propia de la moral utilitaria: “Para el que sufre ese mal, ese mal no es menor”, afirmó. La llamada transición a la democracia, en tanto, le parecía un concepto carente de sentido. Respaldado por las definiciones enciclopédicas de los copistas flaubertianos Bouvard y Pécuchet: “Transición: nuestra época es una época de transición”, sentenció Uribe: “Transitorios somos. El tránsito del alma de este mundo al otro”. Al igual que no existe una justicia “en la medida de lo posible”, tampoco puede existir una transición a la democracia. Las cosas por su nombre, diría el poeta, existe o no existe la democracia.

Uribe pasó las últimas décadas de su vida encerrado en su departamento del Parque Forestal. La muerte repentina de su hijo Francisco, primero, y de su mujer Cecilia, después, lo llevaron a esperar ansioso la propia: “Quiero morir no me muero”, escribió en *Odio lo que odio*, rabio como rabio, uno de sus libros de poesía más notables. En el intertanto vivió más de veinte años, publicó casi treinta libros, recibió visitas, salió de su departamento para asistir a misa y confesarse y, sin abandonar su impecable traje negro, dejó que se le cayesen los dientes. A sus ojos, Chile parecía estar en un estado de descomposición semejante. Ese país que crecía al 7,7 por ciento y festejaba la reducción de la pobreza, la vuelta de la democracia y la introducción de las masas en el consumo, le permitió –sin abandonar su defensa de la UP– cambiar de ideas. En *Vida viuda*, el segundo tomo de sus memorias, aseguró: “He pasado, como muchos, a ser dubitativo y hasta contrario a la emoción dominante desde el siglo XVIII en Occidente y en el mundo, del Progreso y sobre todo miro con desconfianza y desagrado los avances tecnológicos, incluyendo los que uso, como la electricidad, las comunicaciones, la radio, la televisión, etcétera. También los concernientes a la medicina, los cuales suelen ser considerados humanos y favorables”.

Armando Uribe murió el 22 de enero de 2020, tres meses y cuatro días después del estallido social. 